

# SÁNCHEZ BAUTISTA Y SUS CUENTOS DE LA FELIZ ARCADIA

POR

JOSÉ BELMONTE SERRANO

La reciente aparición del libro de Sánchez Bautista *Memoria de una Arcadia (La Huerta de Murcia)* (1), en el que se recoge buen número de textos dispersos e incluso desconocidos, nos permite estudiar mucho más detenidamente, con mayor detalle, esa otra faceta suya de narrador.

Quienes hayan tenido ocasión de leer la citada obra de Sánchez Bautista habrán constatado que en el fondo subyacen las mismas preocupaciones que hallábamos en ese otro apartado lírico, de más amplio cultivo y que ha sido motivo de interesantes análisis desde hace bastantes décadas. Los grandes problemas del hombre (el amor, el tiempo, la muerte, el sentimiento del paisaje, etc.) que veíamos perfectamente ilustrados en sus más conocidos libros de versos, toman cuerpo asimismo en estas otras páginas escritas en prosa, aunque no carentes de rasgos de clara ascendencia lírica: recursos que tradicionalmente han sido atribuidos exclusivamente a la poesía. Nuestro autor, en un evidente alarde de maestría, logra, en no pocas ocasiones, el milagro de lo que podríamos denominar la simbiosis natural. Prosa y poesía conviven armónicamente en una misma página, apoyándose mutuamente, sirviendo de contrapunto a veces; lo que supone un feliz recreo para un lector que, por este camino, no tiene inconveniente alguno en admitir estos cruces si con ello se puede llegar a conseguir mayor expresividad y, por lo tanto, mejores resultados estéticos e incluso comunicativos. En el texto titulado "Un río moribundo" Sánchez Bautista comienza haciendo alusión a un

---

(1) Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1994.



hecho puntual aparecido en la prensa diaria: en esta ocasión se alude a esa noticia en la que se aseguraba que la fuente originaria del Segura se había secado. La anécdota da paso a la inevitable evocación. La historia que viene a continuación es narrada por un anciano que hace memoria de un tiempo en el que el río aún tenía vida y servía de medio de transporte fluvial, de infantil paraíso perdido. Acabado su relato el viejo hortelano, "mientras afirmado a la pasarela veía pasar a un río, ya desconocido para él, con densas y oscuras aguas encajonadas entre unas márgenes breñosas y abandonadas" (p. 127), su oyente no puede contener su "emocionada tristeza" y da paso a todo un largo poema (el que comienza con el verso *Ante tanta desidia y abandono...*) con el que toca a su fin esta estampa.

¿Qué clase de narrador es Sánchez Bautista y cuáles son sus pretensiones a la hora de enfrentarse a este género? La variedad y el amplio número de textos incluidos en su *Memoria de una Arcadia* nos permiten aventurarnos en esta cuestión. En el caso que nos ocupa estaríamos ante un autor que tiene muy presentes dos elementos esenciales: las leyendas y costumbres y el paisaje. La elección de cada uno de estos aspectos trae consigo su particular forma de presentación. En el primero de los casos, Sánchez Bautista sigue muy de cerca a esos escritores murcianos como Pedro Díaz Cassou y José Frutos Baeza que mostraron un inusitado interés por desempolvar aquellas leyendas y tradiciones de nuestra tierra. El propio Sánchez Bautista, en el texto titulado "¿Tuvo esta Arcadia su cultura?", no oculta su devoción por autores como Martínez Tornel, Vicente Medina, Javier Fuentes y Ponte, Rodolfo Carles y Jara Carrillo, además de los ya aludidos Díaz Cassou y Frutos Baeza: "Los escritores antes citados no hicieron otra cosa que dar cuerpo a leyendas y costumbres divulgadas entre los hombres y ambientes huertanos" (p. 233). Sánchez Bautista, heredero de ese amor por la tierra en la que le ha tocado vivir y consciente del destino trágico de un modo de existir, intenta, como él mismo dice, reanimar todo este ambiente, aunque sospecha ser como aquella persona que ha llegado tarde "a un incendio donde se le ha quemado lo más entrañable y valioso y no encuentra más que cenizas" (p. 236).

La explicación que Díaz Cassou le da al nombre de la pedanía murciana de Llano de Brujas tiene su contestación en el texto de Sánchez Bautista (precisamente nacido en tal localidad) titulado "¿Quién ha visto bailar a las damas? (Una leyenda de brujas)". Díaz Cassou relata un proceso de la Inquisición contra las brujas de Alcantarilla. Y así, por formar parte de esta historia, en la que el Padre Tomatera es hallado medio difunto a causa de ser secuestrado por el demonio, "tuvo nombre especial un paraje de la huerta, nombre que concluyó por prevalecer y extenderse a todo un extenso territorio que lo lleva hoy, y forma un partido rural llamado El Llano de Brujas" (2). Sánchez Bautista, en su texto antes citado,

(2) *Tradiciones y costumbres murcianas (Almanaque folklórico, refranes, canciones y leyendas)*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1982, p. 233.



también se refiere a una de estas leyendas de "damas" que tiene lugar en la pedanía de Llano de Brujas. En esta ocasión el llamado "tío Vidal", "viudo entrado en años al que su chepa y sus largas soledades lo aparentaban más viejo" (pp. 177-178), se somete a un manteo de las "damas", que logran arrancarle la joroba y convertirlo en un hombre joven y atractivo. El relato no termina ahí. La gracia del mismo dimana de la presencia de otro chepado que al ver la renovada gallardía de su vecino convoca a las brujas para cobrar una nueva apariencia. Y a fe que lo consigue. Sólo que, contra su deseo, por ensalmo de las caprichosas brujas, termina cargando con la suya propia y con la joroba del "tío Vidal". Sánchez Bautista en los prolegómenos del cuento no sólo reflexiona sobre esta tradición dentro del marco europeo, con alusiones a Goethe y Shakespeare, sino que además aprovecha para poner en claro el nombre de esa pedanía que años atrás le había visto nacer.

*...justo es decir en descargo de esta falsa creencia que a Llano de Brujas le viene su nombre por las arenas de su vecino el río Segura; arenas éstas llamadas brujas por su finura penetrante, y que en tiempos en que el río no aguantaba márgenes se hacían verdaderas dunas. Niño era yo cuando El Secano era en su mayor parte un montón de arena bruja, cuyas tahúllas han ido convirtiéndose poco a poco en fértiles tierras de naranjos (p. 176).*

Y líneas más adelante, dentro de la misma página antes citada, añade nuestro autor de modo concluyente: "Ahora no existen esas dunas, pero a poco se ahonde cavando, siempre se encontrará el huertano con profusas vetas de esta arena. De ahí el nombre de esta pedanía. Por eso, si alguna vez la leyenda inventó o nos trajo a través del tiempo que aquí en Llano de Brujas aparecían damas –como galantemente se las llamaba– entre sus apacibles frondas de naranjos y limoneros, o en el cruce de cada camino vecinal o entre los huecos de las oscuras tejas morunas de alguna abandonada y vieja casa de labor, tiempo es ya de ir desechando esta absurda creencia".

Sánchez Bautista también presta su atención a la tradición fabulística clásica que, asimismo, en tanta consideración tuvieron otros autores murcianos como su admirado José Frutos Baeza. En el libro de este último, titulado *De palicos y cañicas a cajines y albares* (3), en su capítulo final dedicado a "Cuentos murcianos", nos encontramos con el titulado "El cuervo viejo". En él se relata, con no poca gracia, la estrategia llevada a cabo por un "cuervo viejo que andaba préfugo y con más hombre que un cabo e realistas" (p. 349). El pajarraco, tras desalojar a una de las crías, termina haciéndose acomodo dentro de un nido ajeno. Descubierta el engaño, "er cuervo viejo murió de un bufío en la rabaílla, y la máere, cuando supo la

(3) Imprenta Belmar, Murcia, 1980.



trigedia der cuerveciquio, de la esa que le dio, se estrelló los sesos en la paré" (p. 352). Sánchez Bautista, interesado por la tradición oral, le da forma literaria a alguna de estas fábulas, como sucede con la titulada "Las desventuras del lobo que le crujió la cola (Casi fábula, casi cuento)". En una nota previa este autor advierte a sus lectores de la circunstancia de que estemos ante un texto que había aprendido de su abuelo paterno y de su propio padre, "haciendo las delicias de mi lejana niñez". Y añade más adelante: "Al recrearlo nuevamente, casi con las mismas palabras que ellos me lo contaban, he vuelto a encontrar en él más nítidamente el entramado de la fábula de Esopo y otros añadidos de cuentos tradicionales que lo componen. También hay mucho de imaginación nativa de mis antepasados. Todo ello hace que *Las desventuras del Lobo al que le crujió la cola*, tenga todavía, y a pesar del tiempo transcurrido, la suficiente magia para emocionarme" (p. 277). En el texto de Sánchez Bautista no hay moraleja final, al menos explícitamente como viene siendo habitual en dicho género. Y en ello quizá radique el carácter híbrido anunciado en el propio subtítulo. Lo que le sucede a este ingenuo lobo (que termina sus días a manos de un leñador compasivo de sus desgracias y de sus lamentos) podría acaecerle a cualquiera de los mortales. La creencia ciega en las supersticiones (el que le cruja la cola es entendido como un acto de buen augurio y de inequívoca suerte por el lobo) nos podría acarrear las más temibles desgracias.

Sánchez Bautista, de forma constante, reivindica en las páginas de su libro de oralidad de estas historias que relata. En el texto titulado "La noche de San Juan (Leyenda de pavor y de muerte)" alude a ese "acento misterioso", esa "palabra apagada y profunda" que la abuela, "habilitada para bordar la trama" (p. 189), utilizaba para contar casos que ella tenía por verídicos. En ese otro relato titulado "Las cuentas del tío Cipriano", Sánchez Bautista, en un alarde de sinceridad, explica el origen de la leyenda: "Yo no llegué a conocerlo, pero me contaban mis mayores y otros vecinos que era un hombre raro y reticente y bastante cerrado de mollera" (313). Se convierte, pues, no en testigo directo, sino en mediador entre una generación ya extinguida y quienes ahora tenemos ocasión de saborear aquellas palabras mágicas que alentaron la imaginación de nuestros mayores.

La estructura de la buena parte de estos textos recogidos en ese volumen de Sánchez Bautista que comentamos, *Memoria de una Arcadia*, sigue un proceso muy similar. Algo dejamos dicho a propósito del relato titulado "Un río moribundo", donde un poema del propio autor pone remate final a la historia. Siguiendo esa misma línea estructural apuntada, en "La noche de San Juan" nos encontramos, en primer lugar, con un largo preámbulo antes de comenzar la historia propiamente dicha, la leyenda que la abuela quiere relatar a sus descendientes. El cuerpo principal lo ocupa dicha leyenda. El texto concluye no cuando el relato toca a su fin, sino con estas otras líneas que sirven para darle ese tradicional carácter de cuento con marco: "Todos los años, mientras vivió, llegando el día de San Juan, la



abuela relataba esta leyenda o cuento" (p. 196). Ese planteamiento inicial, antes de entrar en materia, se produce en esos otros textos de menor tono narrativo como el titulado "Estampa huertana". El narrador comienza hablando de cómo fue en tiempos el paisaje murciano. Realizado tal preámbulo nos anuncia que "aquí es donde empieza mi estampa huertana" (p. 288). Sánchez Bautista aún tiene tiempo en las líneas finales para la reflexión y el comentario personal: "Hermoso tiempo aquél y otras coplas que galantemente se les endechaban a las mozuelas de la huerta con cierto aire de serranilla, durante el buen tiempo del verano, mientras iban y volvían con sus cántaros bien ceñidos a la cintura, formando una estampa plástica, robusta y atractiva" (p. 290).

Recientemente, en el trabajo de Fernando Valls "El renacimiento del cuento en España (1975-1993)" que sirve de prólogo a la antología del relato breve español titulada *Son cuentos* (4), el aludido crítico, al referirse a la obra del escritor murciano Pedro García Moltalvo *La primavera en viaje hacia el invierno* (1983), afirma que su "su antecedente inmediato es Gabriel Miró"; añadiendo a continuación que "estos relatos, narrados en tercera persona y con la presencia a menudo de un narrador omnisciente, andan a caballo entre lo que llamamos cuento y lo que podríamos denominar escenas, pues se nos presentan como montajes, puestas en escena, de breves situaciones, contadas desde las bambalinas, saltándose una de las características importantes del género: la primacía de la trama, pues aquí lo fundamental son los sentimientos, las sensaciones, la reflexión..." (p. 31). Tal juicio podría ser aplicado con toda precisión a buen número de esos textos que componen esta *Memoria de una Arcadia* de Sánchez Bautista. Como en el caso de García Montalvo, el escritor de Llano de Brujas tiene bien presente el magisterio del escritor alicantino Gabriel Miró. Como Sánchez Bautista, "Gabriel Miró – como en su día apuntó el profesor Baquero Goyanes– gusta de los paisajes limpios, quietos, y por eso sufre al verlos desgarrados o alterados por la presencia de la ciudad en ellos en forma de balnearios, *chalets*, coches, excursionismo, carreteras" (5). En uno y otro caso, el paisaje adquiere tonos paradisíacos, dando así la razón a ese significativo y evocador título de *Memoria de una Arcadia*. Y un medio de tanta belleza, bajo ese sol límpido y azul se produce la trágica paradoja, puesto que ni siquiera aquí los hombres se hallan exentos de dolor. En Miró –así lo señala Baquero Goyanes– los ejemplos al respecto son abundantes en obras suyas como *Del vivir*, *El libro de Sigüenza* y *Años leguas*: "Sigüenza tropieza constantemente con la disilusión, nuevo Don Quijote al que la belleza del contorno empuja a la persecución de la belleza total, ideal, fracasando en su empeño al chocar siempre con el dolor, la perfidia o la tristeza" (p. 96).

En Sánchez Bautista este contraste se contempla con mayor intensidad en

(4) Espasa Calpe (Colección Austral), Madrid, 1993.

(5) *Perspectivismo y contraste (De Cadalso a Pérez de Ayala)*, Gredos, Madrid, 1963, p. 92.



textos como "La leyenda infantil de 'La Madre de la Acequia'" y "El adolescente ahogado". Quizá éste último sea el que más nos recuerde a determinados pasajes de alguna de las obras mironianas. Como sucede en este magistral capítulo de *Años y leguas*, "Huerto de cruces", el narrador del relato de Sánchez Bautista que previamente ha recordado a un amigo "ahogado en la flor de la vida, recién adolescente, cuando empezaba a salirle el bozo" (p. 216), trata de visitar, muchos años después, la tumba del joven finado. Aquel banal de "muertos humildes y sin historia" de antaño se ha convertido en "una necrópolis de vulgares nichos y bastos panteones levantados por la vanidad humana": "Mi visita –concluye ciertamente afligido y decepcionado el autor– había terminado. Salí pensando que, como el viejo cementerio, también éste sería algún día demolido y excavado hasta en sus más firmes cimientos, y la acción del tiempo omnipresente y la espesa sombra del olvido caerán sobre tantos nombres y fechas cincelados con afán de perpetuidad sobre los fríos mármoles" (p. 223).

La estampa, caracterizada por su brevedad, la impresión fugaz y el arrebató lírico, es la expresión que con más acierto y acomodo cultiva Francisco Sánchez Bautista, acostumbrado al subjetivismo, la intensidad y fuerza de la poesía, su género predilecto. Por esa circunstancia nuestro autor podría ser considerado – junto a escritores como José Luis Castillo-Puche, Carmen Conde y Asensio Sáez– como un importante epígono de Gabriel Miró, junto al denominado "grupo murciano de 1920-1936" (6), compuesto por autores como Andrés Cegarra, José Benítez, Rodríguez Cánovas y Francisco Martínez-Corbalán, entre otros.

---

(6) Véase la interesante tesis doctoral de Mariano Moreno Requena *La influencia de Gabriel Miró en los Narradores Murcianos (1920-1936)*, Universidad de Murcia, 1994.

